

# Un nahual en el imperio

*La lucha de un migrante  
por los derechos políticos de la diáspora*

MAURIZIO GUERRERO

GS<sup>•</sup>

Diseño de portada: Estudio Ahuehuete,  
a partir de una ilustración de Felipe Galindo Feggo,  
“Frontera norte”, detalle de *Manhatitlan Codex*, 2025,  
11 × 7 cm, arte digital

Fotografía de solapa: Tasha Woodson

D. R. © 2025, Libros Grano de Sal, SA de CV  
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,  
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México  
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com  
 GranodeSal  LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción  
y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier  
manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico  
—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro  
sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la  
autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-970-96665-2-6

Impreso en México • *Printed in Mexico*

*Para El Chivo y Román,  
para aquellos obligados a  
retornar a Independencia*



*Primera parte*

Más allá de las fronteras



## 1. Lecciones para cruzar la frontera sin documentos

Jaime recuerda perfectamente la fecha en que cruzó por primera vez la frontera con Estados Unidos. Era la noche del 15 de septiembre, día en que se celebra la Independencia de México, de 1975. Con otros ocho migrantes, Lucero debía vadear el río Bravo a la altura de Ciudad Juárez, en Chihuahua. ¿El problema?: Jaime no sabía nadar. “Cuando estaba frente al río en la frontera, sentí pavor de meterme. Fue una experiencia que me marcó para siempre. El miedo de que te pueda llevar el río es tremendo. Las historias que oíamos eran terribles: ‘anoche se llevó el río a tantos’”

Jaime olvidaría los nombres de los demás hombres con quienes cruzó, salvo el de Ricardo Lucero, su primo, apenas dos años mayor, con quien había crecido en la comunidad de Independencia. Juntos habían realizado el periplo desde la Mixteca poblana hasta la frontera. Ya sin los otros migrantes que vadearon el río, ambos debían encontrar en El Paso, Texas, a los polleros que previamente habían contratado. El plan era dirigirse en automóvil hasta Chicago.

En el vehículo viajaron los primos, dos traficantes de personas o polleros —ambos mexicanos o mexicoestadounidenses— y tres individuos que habían prometido pagar su pasaje con trabajo. A esos desafortunados sujetos, los polleros los habían forzado a viajar en la cajuela a fin de evitar que se dieran a la fuga. El trayecto sería de casi 2 mil kilómetros.

Ricardo, un hombre que cambiaría de nombre tres veces a lo largo de su vida, me contó en septiembre de 2019 los recuerdos de ese primer cruce. Estábamos sentados afuera de su negocio, la reparadora de neumáticos Galaxy Tires, en el barrio de Woodside, en el condado neoyorquino de Queens, donde también trabajaba su mujer, originaria del estado de Morelos.

Me dijo que en los suburbios de Denver, en Colorado, a menos de un tercio del camino hasta Chicago, el auto había comenzado a

fallar: soltaba demasiado aceite. Los polleros se detuvieron, exigieron a los primos doscientos dólares para comprar una refacción y los dejaron en una calle suburbana. Al cabo de un tiempo, una patrulla los detectó, aunque siguió su camino. Según el razonamiento de los primos, no pasaría mucho tiempo antes de que los policías regresaran y cuestionaran su presencia. Concluyeron que los polleros los habían abandonado.

Mientras tanto, los tres encajuelados, sin percibir movimiento, se pusieron a gritar y a patear desde dentro del auto. “¿Qué hacemos?”, se preguntaron los primos. Ricardo pensó: “Si los sacamos, nos van a torcer el pescuezo; nos van a quitar el dinero que traemos.” Decidieron partir sin ellos. “Te duelen esas personas pero primero estás tú”, razonó Ricardo. Los primos caminaron durante más de una hora, para terminar en el mismo punto del que habían partido. En lugar del auto, encontraron solamente una mancha de aceite en el pavimento. Nunca sabrían si los polleros habían vuelto y reparado el vehículo, o si la policía lo había decomisado y arrestado a los encajuelados.

Sin saber una palabra de inglés, y con la misma ropa enlodada con la que habían cruzado el río, los primos caminaron sin rumbo durante horas. Experimentaban un hambre feroz, según Ricardo: “un chillerío de intestinos gruesos y delgados que no veas”. Desesperados, se animaron a dirigirse a un hombre sentado en una mecedora en el porche de una casa. Le hablaron en español, el hombre respondió en inglés y señaló una vivienda. Los primos leyeron un letrero: “Castellanos”. “Tocamos el timbre y nos abrió una señora que, luego me enteré, era cubana: Manuela Castellanos. Nos vio, sucios tras haber cruzado el río, con mucha desconfianza”, recordaría Jaime. Los primos decidieron “hablar con la verdad” y detallar exactamente su situación de migrantes sin documentos, recién llegados, abandonados por sus polleros. Castellanos les ofreció veinte dólares, que ellos rechazaron. Dinero tenían. Los primos requerían una ayuda mucho más sustancial.

La mujer, ella misma refugiada del régimen cubano, había tenido que vivir en un estadio, junto con cientos de personas, cuando arribó por primera vez a Estados Unidos, según le explicaría más tarde a Jaime. Por eso, los primos la conmovieron. La generosidad de la gente común también la había beneficiado a ella. “Ahí



me di cuenta de que la gente que ha sufrido es más solidaria”, me dijo Lucero.

Castellanos llamó a un vecino que en esas fechas estaba pintando un departamento contiguo, Olguín, quien se presentó ante los primos como “chicano”. Tras decirles que los consideraba como sus compatriotas, Olguín les permitió a los primos quedarse en el departamento que estaba pintando. Él y Castellanos, además, les dieron pan, jamón y agua, así como ropa limpia.

Días más tarde, ataviados con unos overoles que les había prestado Olguín, los primos terminaron de pintar el departamento. Recuperados de la primera impresión del cruce, de sus iniciales experiencias en Estados Unidos, un conocido de Olguín los transportó en auto al aeropuerto, donde tomarían un avión hasta la terminal John F. Kennedy, de Nueva York. Semanas después de que hubieran salido de la Mixteca poblana, los primos arribaron a la soñada Gran Manzana.

La certeza de que él era un migrante, de que esa nueva identidad permanecería con él por el resto de su vida, comenzó a asentarse en Jaime desde que cruzó sin saber nadar el río Bravo. “Sentí pavor al cruzar porque literalmente el agua nos llegaba al cuello. Éramos ocho los que veníamos: mexicanos, centroamericanos, sudamericanos. No recuerdo ya de qué países eran. Lo cierto es que desde entonces tuve esa idea de que todos formábamos un grupo, de que teníamos un parentesco. Nunca los volví a ver, nunca supe bien a bien quiénes eran. Pero, si ahora me preguntan: ‘¿cuál es tu grupo?’, yo digo: ‘ése, los migrantes’”

Tal como ha sido la dinámica de la migración de mexicanos a Estados Unidos, de poblanos de la zona mixteca a Nueva York, Jaime emigró con una dirección precisa a dónde llegar, con un contacto establecido: su hermano mayor. Julio Lucero había partido cuatro años antes, igualmente con una persona precisa a quién encontrar en Nueva York: el tío Roberto, cuya ayuda había sido vital para que los hermanos Lucero pudieran sobrevivir en Independencia, la ranchería donde habían nacido.

Julio recuerda con precisión la tarde en que él mismo, en el verano de 1971, había llegado a Nueva York. El taxi lo dejó en la calle Delancey, cerca del edificio con el número 35, donde habitaba el tío Roberto con su familia. La cuadra estaba repleta de personas

que, Julio supuso, estaban drogadas. “Había basura por todos lados. Esperaba puras cosas buenas en Nueva York pero cuando llegué, como a las cinco o seis de la tarde, me llevé otra impresión. No creía que eso fuera Nueva York.” Un puertorriqueño en estado de ebriedad percibió a Julio tan desorientado que lo acompañó hasta el departamento mismo del tío Roberto, quien lo recibió con un plato de frijoles de lata y con la promesa de un empleo al siguiente día.

El primer empleo de Julio fue en la cocina de un restaurante, donde, igual que millones de migrantes mexicanos que llegarían a Estados Unidos después que él, lavaba platos. Ubicado en la Calle 47 y la Sexta Avenida, el local se encontraba en el corazón de lo que entonces era el distrito joyero, repleto de comerciantes desde las seis de la mañana. Dos meses después, Julio trabajaba en otro sitio: una cafetería con servicios de entregas cerca de las Torres Gemelas del World Trade Center, apenas en construcción. Ahí laboró unos cuatro años. “Por la nostalgia y por la soledad, me emborrachaba, por no tener mucho más que hacer. Mi vida era difícil sin saber el idioma. Yo era además muy montañero. Nunca había tenido la oportunidad de vivir con una familia en la ciudad, como Jaime. Y en el departamento en Nueva York que compartía con otros trabajadores migrantes, me acordaba de toda mi vida en Puebla, de la familia.”

Julio terminó siendo despedido de su empleo. Más tarde encontró una nueva posición con condiciones similares: jornadas de diez horas diarias con descansos sólo los domingos. Su consuelo se lo conferían los escasos productos mexicanos que adquiriría en la única tienda de Manhattan que vendía, aunque congeladas, tortillas: Casa Moneo, en la Calle 14.

Desde que el avión que tomaron en Denver se aproximaba a Nueva York, Jaime quedó impresionado con los edificios que componían el paisaje de la ciudad. Al contrario de lo que le sucedió a Julio, el contacto inicial de Lucero con Nueva York sí estaba a la altura de los rumores sobre esa urbe. Su impresión se impuso a los nervios de viajar por primera vez en avión. Tal como le habían aconsejado, Jaime guardaba en un zapato el trozo de papel donde traía escrita la dirección de Julio. Esa precaución tenía la intención de evitar que, en caso de ser detenido, las autoridades supie-

ran la vivienda a la que se dirigía y pudieran arrestar a todos sus habitantes.

Los primos se hospedaron inicialmente en casa de la hermana mayor de Jaime, Rosa, casada con un poblano naturalizado estadounidense. La misma semana de su llegada, ambos comenzaron a trabajar como lavaplatos. Para Ricardo, el choque ante una nueva cultura, ante normas diferentes, fue muy violento: “Cuando llegué aquí, sufrí demasiado”, me relató.

Jaime había vivido en la Ciudad de México y había logrado asistir a la secundaria. Ricardo, aunque sabía leer y escribir, había cursado apenas hasta el tercer grado de primaria y nunca había pernoctado fuera de la ranchería en que nació. “Nunca me había subido siquiera a un autobús, así que imagínate cuando abordé el avión que nos llevaría a Nueva York. Casi me hago en los calzones”, me contó. Los primeros días, Ricardo prefería no desayunar con la familia de su prima Rosa. Nunca había comido en una mesa ni utilizado tenedor o “el machetito” al que llamaban cuchillo. “No quería que me vieran hacer tonterías en la mesa. Mi mentalidad era que iba a hacer el ridículo, y prefería no comer.”

Al cabo de los días, Ricardo se fue a vivir a un cuarto en otro departamento, cerca del restaurante de un cocinero guatemalteco que le había ofrecido empleo. “No me acostumbraba a Nueva York, lloraba como niña todas las noches”, me explicó Ricardo, que entonces tenía veinte años. Las tardes o los fines de semana en que se reunían, Jaime le preguntaba a su primo por qué tenía los ojos tan rojos. “Es el mal de ojo, eso es lo que tengo”, respondía Ricardo. Durante las primeras semanas, sólo pensaba en volver a Independencia. Jaime, en cambio, comenzaba a pensar en el futuro.

El primer empleo fijo de Jaime en Nueva York fue como lavaplatos en el restaurante Poseidon One, en el vecindario de Little Neck, en el condado de Queens. El dueño era un inmigrante griego, Thomas Soulantzós, que poseía el edificio donde se ubicaba el restaurante y accedió a rentarle a Lucero uno de sus departamentos. Al poco tiempo, el primo Ricardo también trabajaba para Soulantzós y dormía con Jaime en el departamento rentado. Thomas empleó también a uno de los cuñados de Jaime, Modesto Morán, originario de Independencia y quien más tarde contaría con sus propios restaurantes.

La afabilidad de Thomas hizo sentir bienvenidos a ese trío de independentes, pero fue el hermano menor de los Soulantzos, Hristos, quien los acogió como familia. De 18 años, igual que Jaime, Hristos se desempeñaba como encargado de la cocina del Poseidon One. Jóvenes en un país del que desconocían hasta el idioma, los mexicanos forjaron con Hristos una intensa amistad. Los sábados por la noche se congregaban todos en el sótano del establecimiento para jugar póker y escuchar música. “Nos llevábamos de maravilla —recuerda Ricardo—. Nos agarramos un cariño enorme.” Una vez, en 2019, escuché una llamada telefónica en que Hristos llamaba a Lucero “hermano”, en español. Ricardo también lo consideraba así.

En el grupo de empleados afines se encontraba Jerry, un joven anglo que trabajaba en el restaurante durante los periodos vacacionales. Él invitaba a los compañeros a Great Neck, a la casa de su padre, un ex militar con una amplia colección de armas de guerra. Jaime recuerda que Jerry llevaba rifles de caza a las excursiones que los domingos hacía el grupo en el norte del estado de Nueva York. En las planicies nevadas disparaban todos para experimentar la sensación de descargar una escopeta. “Éramos todos jóvenes muy alegres, todos de una edad similar”, recuerda Lucero.

Jaime dedicaba varias horas diarias a estudiar. Aprendió incluso un griego elemental y logró enseñarle a Hristos los rudimentos del español. El griego de Lucero era suficiente como para que él intercambiara saludos y generalidades con la madre y el patriarca Soulantzos cuando Thomas lo invitaba a comer a casa. Con admiración, en su taller de reparación de llantas en Woodside, Ricardo describió a Jaime como “mente prodigiosa” y como un joven que siempre fue “muy inquieto, muy creativo”.

Semanas después de arribar a Nueva York, Jaime adquirió el libro *Alive*, de Piers Paul Read (traducido al español como *¡Viven!*), que relata el accidente en la cordillera de los Andes de un avión que transportaba a un equipo de rugby de Uruguay. Se compró además un diccionario inglés-español. “Compré el libro para estudiar inglés y me puse como meta leer y entender tres páginas diarias. Pedí a mis compañeros americanos que me leyeran tres páginas y en la noche me dedicaba a traducirlas, y a repasar lo aprendido.”

Con el paso de los meses, Jaime fue ascendiendo los escalafo-

nes de mando en el restaurante, hasta convertirse en jefe de cocina. Hristos, mientras tanto, fungía como uno de los chefs. Por primera vez, Jaime sintió que tomaba las riendas de su vida, que podía planear su propio futuro, que podía ahorrar. Sin embargo, los agentes migratorios que poco más tarde encontraría en su vida frenaron en seco esa sensación.